

tablecido las más diversas teorías acerca de cuál fuera la lengua en la que se acuñaron los topónimos y, sobre todo, acerca de lo que significaran las voces contenidas en ellos y a qué hacían referencia. Los autores de tales teorías son casi siempre los eruditos locales, quienes, haciendo alarde de sus conocimientos históricos y de lenguas antiguas, intentan explicar el origen más remoto de la localidad y, de paso, ensalzarla. En efecto, si se afirma que un nombre como el onubense *Bonares* remonta a una forma latina *Bona Res* ‘cosa buena’ ello puede impresionar al que carece de conocimientos acerca del estudio toponímico y halagar al habitante de la villa; o si de *Galaroza* se dice que en árabe significó ‘valle de la novia’ esta interpretación puede resultar atractiva por su romanticismo. El lingüista sin embargo tiene que rechazar tales hipótesis¹ tanto por su inviabilidad fonética como por su inverosimilitud semántica y referencial². En ocasiones, estas interpretaciones tradicionales, una y otra vez repetidas y ampliamente tenidas por incuestionables, se deben a eruditos antiguos de gran prestigio, y aun así carecen de todo fundamento a la luz de la investigación lingüística moderna. Podemos citar el caso de la presunta etimología del nombre de la capital andaluza, documentado en textos latinos, como generalmente se conoce, bajo la forma *Hispalis*. Nadie menos que San Isidoro la derivó de la voz latina *palus* ‘palo’ –“quod in solo palustri suffixis in profundo palis dicata sit” explica en Orig. 15,1,71– justificando que hacía referencia a ciertos edificios construidos sobre palos, es decir, palafitos³. Lo cierto es que *Hispalis* no es sino la forma latinizada de un nombre muy anterior a la llegada del latín, creado a partir del léxico de una lengua prerromana que ni siquiera es posible concretar con seguridad; y si no podemos identificar la lengua en que se basa, mucho menos aún podemos saber su significado.

También el nombre *Carmona* viene captando desde antiguo el interés, y no sólo entre los propios habitantes de la ciudad. Así, hace cuatro siglos, el filólogo e historiador nacido en Málaga Bernardo de Aldrete (1565-1645) le dedicó un pasaje de su obra *Del origen de la lengua castellana* (libro 3, capítulo 3), publicada en 1606:

Carmon lugar del Andaluzia. En Estrabon, y Cesar tratando de los Carmonenses, y de su ciudad, fortaleza y castillo, la haze Charmonia, conforme a lo qual Charmone est gavidium,

1. Otro ejemplo no menos descabellado es el intento de derivar el nombre *Utrera* de formas ficticias como **Utricula*, **Utriculum* o **Utraria* (véase Ruhstaller 1990: 112-113).

2. Las tiene que rechazar a veces incluso su poder ofrecer una interpretación alternativa lingüísticamente más sólida, como ocurre en el caso de *Galaroza*. En el caso de *Bonares*, en cambio, es evidente que la única explicación plausible se basa en la identificación de la forma como plural de la voz dialectal *bodonal* ‘terreno cenagoso’, interpretación más prosaica pero lingüísticamente indiscutible.

3. Véase Tovar 1974: 140.

et laetitia. Parsanias haze memoria de Carmon, ciudad de Arcadia, que otros tambien dizen fue lugar en Messenia, y templo de Apolo en Lacedemonia, y rio de Achaya, y monte en el Peloponeso, que siendo assi, bien creeremos, que es Griego este nombre.

A esta teoría de Aldrete se adhirió Rodrigo Caro en su obra *Antigüedades y principado de la ilustríssima ciudad de Sevilla y Chorographía de su convento jurídico, o antigua Chancillería*, de 1634⁴, donde escribe:

...aunque el nombre de Carmona, parece Griego, y por la misma causa presumimos, que la fundaron gentes desta nacion; con todo esso no hallamos, que en sus monedas esté esculpido el dios Pan. El Doctor Bernardo Aldrete, en aquel docto tratado, que hizo del origen de la lengua Castellana, lib. 3. cap. 3. dize, hablando desta ciudad, assi: [sigue la cita del pasaje de Aldrete arriba reproducido].

Hasta aquí este Autor, que por ser tan atentado en sus pareceres, huelgo de referir lo que dize a la letra.

En otra obra, Rodrigo Caro vuelve a reproducir la interpretación de Aldrete, pero esta vez para contraponerla a la suya propia; he aquí los pasajes en cuestión:

Yo entiendo a la villa de Carmona por lugar a quien fundaron los Phenices, o Cartagineses en cuja lengua se halla esta voz Carmon, que huvo en phenicio fertilissimo. Significa tambien en lengua siria *Malum Granatum, sive Vinea Doloris, et fortitudinis*. La Granada, o viña del dolor, y fortaleza, significados, que quadran muy bien al sitio fortissimo, forma disposicion y fertilidad de essa Villa y sus campos. Muevome a creer esto porque toda essa villa la poblaron y habitaron Phenices, Tyros o Cartagineses que todo es una casta, y nacion y lugares que poblaban, o fundaban los llamaban del nombre de otros lugares de sus tierras, como ahora hacen los españoles en las Indias, que a las ciudades, que fundan o habitan las llaman como las de aca: Merida, Trujillo, Cartagena etc por esta misma razon entiende Arias Montano que Sevilla es fundacion de Phenices de la Phenicia Spalo, que quiere decir llanura.

4. Cf. Ruhstaller 1992: 14.

De la opinion mia va diverso Bernardo Aldrete varon doctissimo y de consideradissimo juicio. Fundase en que la voz Carmon en lengua griega significa alegría: por ventura le pusieron assi por lo mucho que descubre de Cielo, y la vista que por todas partes descubre de apacible y hermosa vega. Ademas que el mismo nombre tuvo una ciudad de Arcadia segun Pausanias, otros quieren que Carmon fuesse lugar en Messenia, el mismo nombre tuvo el templo de Apolo en Lacedemonia, un rio en Arcadia, y un monte en el Peloponeso, y segun estos la fundaron los griegos⁵.

Pocos años después de publicar Aldrete su obra, otro gran erudito del Siglo de Oro vuelve a reflexionar sobre el nombre *Carmona*: Sebastián de Covarrubias. También este toledano, en su famoso *Tesoro de la lengua castellana o española* (1611), considera griego el nombre, y ofrece una interpretación semántica tan parecida (se trata según él de un derivado de un verbo griego con significado ‘alegrarse’ que hace referencia a la amenidad del emplazamiento de la ciudad) que no cabe duda de que se había inspirado en la obra de Aldrete. La interpretación etimológica va acompañada, como es habitual en esta obra de carácter en gran parte enciclopédico, de datos que revelan la erudición de Covarrubias en el terreno historiográfico; he aquí el artículo íntegro dedicado al topónimo:

CARMONA. Dicha antes *Carmena*, segun Apiano; ciudad antiguamente muy fuerte, adonde se recogio Sergio Galva, gobernador de los romanos, en la España Ulterior, aviendo sido maltratado y desbaratado de los enemigos. Esta ciudad estava assentada cerca de los pueblos dichos cuneos. Estrabon la llama *Carmon*, Ptolomeo *Carmonia*, Cesar y Plinio *Carmonenses*, y a Ambrosio de Morales le parece que estos nombres competen al lugar que oy llamamos *Carmona*. Los caños de Carmona son famosos, por su gran abundancia de agua. El nombre puede ser griego ????????, dorice ????????, del verbo ?????, *gaudeo*, por su apazibilidad.

Ahora bien, estos tempranos intentos de explicar el origen y significado inicial del nombre *Carmona*, más allá de ilustrar el interés por la toponimia de los eruditos del Siglo de Oro, ¿pueden aceptarse a la luz de lo que hoy sabemos acerca de la toponimia

5. R. Caro, *Inscripciones antiguas que vio, y leyó el Doctor Rodrigo Caro, visitando el Arzobispado de Sevilla años de 1621, 1622, 1623, 1624 y 1625*, fols. 50v, 51r y 51v (manuscrito; citado a través de Maier Allende 2001: 54-55).

antigua de España? Es innegable que los criterios básicos manejados por Aldrete, Covarrubias y Caro en principio pueden ser considerados válidos todavía en la investigación toponomástica actual, pues para defender sus hipótesis etimológicas ofrecen argumentos similares a los que continúan empleándose por los toponimistas modernos:

- recopilan formas documentadas en los textos de la Antigüedad que se suponen más cercanas al étimo;
- justifican el significado originario supuestamente contenido en el topónimo mediante la descripción de las características propias del emplazamiento;
- establecen relaciones con diversos nombres formalmente próximos que los textos clásicos localizan en regiones donde es autóctona la lengua de la que presuntamente procede el nombre;
- explican la pertenencia del nombre a la lengua en cuestión aduciendo datos de la historia extralingüística.

No obstante, aun siendo cierto que los eruditos antiguos tenían conocimiento de algunos hechos históricos básicos de validez innegable y que poseían una intuición a veces sorprendente, es obvio que cuestiones tan complejas como el origen de un nombre de la antigüedad del de *Carmona* han de ser abordadas nuevamente y con total independencia de las teorías antiguas, y ello a la luz de los datos que ofrecen la lingüística, la historiografía y la arqueología modernas, propiamente científicas.

Curiosamente, y por paradójico que pueda parecer, los resultados de la investigación moderna –que únicamente nos permite aceptar datos objetivos y de validez comprobada y nos obliga a emplear una metodología de trabajo rigurosamente científica– exigen que seamos mucho más prudentes que los eruditos del siglo XVII y emitamos un informe lingüístico considerablemente menos rotundo y pormenorizado, pues hemos de ser conscientes de que –debido a la extrema escasez de datos susceptibles de ser comparados y analizados, y a pesar de los intensos esfuerzos de los expertos por iluminar la realidad lingüística de los tiempos

más remotos— nuestro desconocimiento acerca de las antiguas lenguas habladas en Andalucía sigue siendo casi total. Hemos de reconocer la posibilidad de que muchas similitudes formales y aparentes relaciones en realidad no sean sino meros espejismos. De ahí que los autores modernos mayoritariamente se conformen con comentarios extremadamente cautos acerca de la etimología de un nombre tan antiguo como *Carmona*. Así, un lingüista como A. Llorente Maldonado (1988: 9) se limita a incluir la forma en una lista de “topónimos prerromanos”, que comprende también, entre otros, *Córdoba, Gerona, Barcelona, Lérida, Caspe, Tarragona, Tortosa, Teruel, Salamanca, Toledo, Estepa, Antequera, Huelva, Huesca, Lisboa o Sevilla*. E. Nieto Ballester (1997: 115), por su parte, afirma: “Naturalmente, este nombre es adaptación de otro anterior prerromano, sobre cuyo significado nada seguro puede afirmarse. Del mismo modo, no parece fácil precisar a qué lengua pertenecería el vocablo.” También el silencio del gran lingüista e historiador Antonio Tovar acerca del problema etimológico en el capítulo dedicado a *Carmo* de su obra *Iberische Landeskunde* (Tovar 1974: 155-157) es sin duda significativo.

Sin embargo, aun compartiendo el escepticismo de estos últimos autores acerca de la viabilidad de la interpretación del nombre, creo que es posible profundizar más sin riesgo de caer en la subjetividad y la mera especulación. Estoy de acuerdo con que no existe ninguna explicación semántica mínimamente convincente, pues las propuestas por Caro (para quien, recordemos, *carmo* significa ‘granada, viña del dolor o fortaleza’), Aldrete y Covarrubias (quienes ven en la forma una voz griega con significado ‘alegría’) carecen de toda credibilidad. En cuanto al significante, en cambio, es posible precisar algunos detalles. La forma castellana, *Carmona*, debe su *-a* final al paso del nombre por el estrato árabe, en el que es habitual la agregación de tal terminación a los topónimos mayores adoptados de la población mozárabe; compárense, por ejemplo, los nombres *Écija* (< lat. *Astigi*), *Sevilla* (< *Hispaile*), *Estepa* (< *Ostippo*), etc. La forma mozárabe precursora de la empleada por los árabes (*Qarmūna*) debió ser **Carmone*, derivada del acusativo o ablativo latinos (los casos en que más frecuentemente se debía usar la palabra al tratarse del nombre de una población a la que uno se dirigía o en la que uno se encontraba), pues los testimonios seguros de la Antigüedad no dejan lugar a dudas de que la base latina era *Carmō, ōnis*⁶.

6. No hay indicio alguno para admitir la existencia de una forma latina *Carmona* postulada por E. Nieto para derivar de ella directamente la actual (1997: 115).

Los de índole literaria han sido reunidos exhaustivamente por A. Ramírez de Verger (2001); recordémoslos: Julio César emplea en su *Guerra civil* el gentilicio *Carmonenses*, mientras que en la *Guerra de Alejandría* aparece el acusativo *Carmonem*, forma que aparece igualmente en Tito Livio. En los *Itinerarios* figura *Carmona* (con una variante *Carmonem*). En los textos griegos hallamos *Καρμόνη* (en la *Geografía* de Estrabón), *Καρμόνη* (en Apiano de Alejandría, *Iberia*), así como *Καρμόνη* (en Tolomeo). A esto se añaden las inscripciones de monedas acuñadas en la ceca local, que presentan las variantes *Carmo* y *Karmo*, meramente gráficas (Chaves Tristán 2001: 348). De estas formas son las más valiosas y fidedignas las que proporcionan las monedas y los textos de Julio César y su entorno, ya que se trata de testimonios cuyos autores conocieron el topónimo de primera mano, mientras que en los demás textos los autores habían tomado las formas de fuentes intermedias, indirectamente, tras un proceso de transmisión.

También los datos históricos y arqueológicos de los que disponemos hoy día pueden ayudarnos a esclarecer algo más el origen del topónimo *Carmona*. En primer lugar, podemos descartar con rotundidad el origen griego de la forma postulado por los eruditos antiguos, pues no hay indicios de una presencia de los griegos y de su lengua en esta región de la Península en general ni en la zona de Carmona en especial⁷, puesto que este pueblo se instaló únicamente en puntos muy concretos del litoral mediterráneo (pensemos en importantes fundaciones como Alicante, o como Ampurias y Rosas, en la costa catalana), a juzgar tanto por los resultados de las excavaciones arqueológicas como por la presencia de nombres de origen griego exclusivamente en las mencionadas áreas mediterráneas.

Incuestionable es, en cambio, la presencia de turdetanos y fenicios en el emplazamiento de la actual Carmona. La zona, dadas sus excelentes condiciones estratégicas y económicas⁸, estuvo habitada de forma discontinua desde época remotísima, aunque “un asentamiento humano definitivo con carácter doméstico no se produce hasta época turdetana, a partir del siglo V a.C.”; este asentamiento definitivo se mantiene “sin solución de continuidad durante toda la Antigüedad” (Caballos Rufino 2001: 3, n.2). Los indígenas turdetanos convivieron con los colonizadores

7. Según me confirma mi colega y amigo el arqueólogo Rafael Hidalgo.

8. Estas condiciones favorables son, según Caballos Rufino 2001: 3, “A) La centralidad regional, por su ubicación en una encrucijada clave de los caminos de la Baja Andalucía, B) la orografía que convierte a Carmona en una plaza prácticamente inexpugnable y en un otero, desde el que se divisan todas las unidades fisiográficas del Valle del Guadalquivir, la Sierra Morena al norte, las Cordilleras Béticas al sur y el Aljarafe al poniente; y, por último, C) la complementariedad económica y funcional de los ambientes que componen el vasto territorio de Carmona, los Alcores en que la ciudad se ubica, la fertilísima Vega que aquélla domina y las terrazas que le llevan suavemente al Guadalquivir.”

fenicios durante siglos, sin que se produjese sin embargo una fusión cultural o étnica. Escribe el arqueólogo J.L. Escacena (2001: 21) al respecto: “Parece que en la región de Carmona, si bien el poder político y militar estaba en manos de Cartago, la gente local pertenecía en su mayor parte al grupo turdetano. Se trata de una población no ibérica de viejos orígenes atlánticos y que hunde sus raíces en la etapa final de la Edad del Bronce. Se asentó en Carmo hacia el siglo IX a.C., y se mantuvo más o menos con sus normas ancestrales de comportamiento hasta el cambio de Era. A lo largo del primer milenio a.C., aceptó las costumbres fenicias en los aspectos tecnológicos de su cultura material (cerámica, arquitectura y urbanismo, metalurgia, innovaciones agropecuarias, etc.), pero rechazó de forma paralela las influencias en el campo animológico (lengua, estructura social y política, religión y ritos funerarios).” Los dos grupos étnicos, a juzgar por los hallazgos arqueológicos, posiblemente habitaron partes claramente diferenciadas de la población, división que lleva al arqueólogo J.L. Escacena (2001: 28-29) a reflexionar también sobre el problema toponímico que nos ocupa en este trabajo: “...reconocer la posibilidad de una «ciudad doble» impone una seria reflexión sobre el nombre que de ella llegó a época romana y hasta nosotros, en el sentido de que carecemos de referencias históricas y arqueológicas claras que nos permitan vincular el topónimo *Carmo* a una comunidad o a otra, a la semita (extranjera) o a la indoeuropea (aborigen). En cualquier caso, sabemos que algunas ciudades de la zona contaron con dos nombres, porque existen noticias de que la propia Sevilla, cuyo apelativo actual deriva del fenicio *Spal*, era conocida también con el del río junto al que se asienta: *Baitis*.”

Ahora bien, en el caso de Carmona no hay indicio alguno para pensar en la coexistencia real de dos nombres alternativos en curso de forma independiente en las dos comunidades. Pero, ¿cuál de ellas acuñó el topónimo conservado hasta hoy?

Habitualmente, las comunidades que vienen a instalarse en una región habitada ya por otra para convivir con ella suelen adoptar en mayor o menor medida –dependiendo de la intensidad del contacto cultural en general y del lingüístico en especial– las denominaciones de los lugares más importantes estratégica y económicamente; muy excepcionales son, en cambio, los casos en que la población ya arraigada renuncia a un nombre ancestral pro-

pio para sustituirlo por otro adoptado de los colonizadores nuevos. Del mismo modo que, siglos más tarde, los árabes perpetuarían el nombre –adaptado fonéticamente a su propia lengua como *Qarmūna*– en uso tradicionalmente entre los mozárabes, y los castellanos mantendrían la forma escuchada a los musulmanes, los fenicios primero y los romanos después (tras su victoria en las Guerras Púnicas) debieron asimilar a su llegada respectiva el topónimo con que los indígenas turdetanos venían denominando su poblado desde que lo fundaran. Este proceso de transmisión de los nombres antiguos de una comunidad afincada desde antiguo en un sitio a la que viene a instalarse para convivir con ella o incluso sustituirla tras un período de contacto cultural y lingüístico mutuo es tan regular que los toponimistas hablan de una “ley de continuidad toponomástica” (Sonderregger 1985: 2045). No cabe otra conclusión, pues, que la de que nuestro nombre actual *Carmona* remonta a la forma con que hace milenios denominaron su asentamiento los mismos fundadores, los indígenas turdetanos⁹, una forma que fue adoptada por los fenicios y, después, en un proceso paralelo, por los romanos; del dialecto mozárabe al que evolucionaría el latín pasaría posteriormente al hispanoárabe y, finalmente, a mediados del siglo XIII, al castellano.

La determinación del estrato al que pertenece el nombre *Carmona* no parece, pues, ofrecer dudas. En cambio, aventurar una identificación de la palabra concreta en que se basa y describir su significado sería una temeridad del todo inútil, ya que, desgraciadamente, la lengua hablada por los indígenas turdetanos constituye –y con toda probabilidad seguirá constituyendo– un enigma inextricable¹⁰.

BIBLIOGRAFÍA

- Bendala Galán, M. (2001), “La Carmona bárquida”, en Caballos Rufino 2001: 37-52.
- Caballos Rufino, A. (ed.) (2001), *Carmona romana*, Carmona: Universidad de Sevilla / Excmo. Ayuntamiento de Carmona.
- Carmody, F. (1973), *L'Espagne de Ptolémée. Toponymie pré-romaine*, Berkeley: Universidad de California.
- Caro, R. (1634), *Antigüedades y principado de la ilustrísima ciudad de Sevilla y Chorographía de su convento jurídico, o antigua Chancillería*, Sevilla.

9. Lo que apunta el arqueólogo J.L. Escacena (2001: 26) como hipótesis (“la continuidad en la ocupación hace plausible la hipótesis de que el propio nombre de la ciudad [...] (*Carmona*) quedara fijado precisamente ya en época tartésica”) es, pues, un hecho prácticamente seguro.

10. Incluso propuestas formuladas con mucha prudencia (como la de J.L. Escacena 2001: 33-34: “si el mundo turdetano puede ser vinculado desde el punto de vista étnico y cultural con el sustrato tartésico de finales de la Edad del Bronce, su lengua pudo constituir una más de las indoeuropeas preceltas establecidas en la fachada occidental del continente.”) no dejan de ser hipótesis imposibles de probar.

- Chaves Tristán, F. (2001), “La ceca de Carmo”, en *Caballos Rufino* 2001: 339-362.
- Escacena Carrasco, J. L. (2001), “Podando a Carmo. Perfiles del sustrato turdetano”, en *Caballos Rufino* 2001: 21-35.
- Hernández Díaz, J. / Sancho Corbacho, A. / Collantes de Terán, F. (1945), *Catálogo arqueológico y artístico de la provincia de Sevilla*, Sevilla (vol. II).
- Llorente Maldonado de Guevara, A. (1988), *Los topónimos españoles y su significado*, Salamanca: Universidad de Salamanca.
- Maier Allende, J. (2001), “Imagen historiográfica de la Carmo romana”, en *Caballos Rufino* 2001: 53-69.
- Nieto Ballester, E. (1997), *Breve diccionario de topónimos españoles*, Madrid: Alianza.
- Ramírez de Verger, A. (2001), “Las fuentes literarias para el conocimiento de la Carmona romana”, en *Caballos Rufino* 2001: 85-94.
- Ruhstaller, S. (1990), *Toponimia de la Campiña de Utrera. Estudio lingüístico e histórico*, Sevilla: Excma. Diputación Provincial de Sevilla / Excmo. Ayuntamiento de Utrera.
- Ruhstaller, S. (1992), *Toponimia de la región de Carmona*, Berna: Francke Verlag.
- Sondererger, S. (1985), “Namengeschichte als Bestandteil der deutschen Sprachgeschichte”, en W. Besch / O. Reichmann, *Sprachgeschichte. Ein Handbuch zur Geschichte der deutschen Sprache und ihrer Erforschung*, Berlín / Nueva York, 2040-2067.
- Tovar, A. (1974), *Iberische Landeskunde. Band I: Baetica*, Baden-Baden: Koerner.